

CRÓNICA DE UNA FAMILIA CORSA DE SEVILLA: LOS MAÑARA

Por OLIVIER PIVETEAU

*«...tratando de recomponer
con tantas astillas dispersas
el espejo roto de la memoria.»*

Gabriel García Márquez,
Crónica de una muerte anunciada

Señora Directora de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos,

Señor Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras,

Señor Hermano Mayor de la Santa Caridad,

Señoras y señores:

Tengo que confesarles, de entrada, que lo que siento hoy es una sensación de absoluta irrealidad. No entiendo todavía cómo pude aceptar con tal desenvoltura el honrosísimo pero arduo encargo de pronunciar un par de conferencias sobre Don Miguel Mañara en Sevilla. Tres motivos explican mi perplejidad: el hecho de que me exprese públicamente por primera vez en una lengua que no es la mía, ante público tan ilustrado ; el que sean tres las insignes instituciones que se dignan honrarme con su confianza, siendo así que con una sola hubiera bastado y sobrado ; y el que haya propuesto yo mismo, para esta tarde, un tema histórico, que

no es en realidad de mi competencia, que es la de especialista en literatura comparada.

Por cierto mi presencia aquí no se justifica por mis escasos méritos, sino por la generosa solicitud de amigos que, desde hace varios años, me acompañan fielmente en mi labor de investigación. Merced a ellos encontré la documentación histórica y la erudición sevillana que tanto me faltaban.

Además de expresarle mi más sincero agradecimiento por sus amables palabras de presentación, quisiera manifestar muy especialmente a Doña Enriqueta Vila Vilar mi deuda y mi admiración por su ingente labor de investigadora, y quisiera asimismo rogarle se digne aceptar esta sencilla conferencia como modesto homenaje de gratitud. Y, pidiendo la benevolencia de los oyentes para mi habla «a trompicones», seguidamente paso a iniciar mi charla.

Los anales y colecciones de biografías del siglo XVIII, que ensalzan a cual más las virtudes del venerable siervo de Dios Don Miguel Mañara, son más bien lacónicos en lo que toca a los orígenes del fundador del hospital de la Santa Caridad. La presentación que nos dan de su familia no se diferencia en nada de lo que se podría esperar de un linaje aristocrático de antiguo asentamiento en la ciudad del Betis. Se caracteriza por unas fórmulas convencionales, repetidas machaconamente, que sintetiza este extracto de Arana de Varflora, en 1791:

Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca nació en Sevilla en 1626 [en realidad, 1627] siendo sus padres de las ilustres familias de su apellido, cuya nobleza está contestada no solo por la notoriedad, si también por haber sido Don Miguel Caballero de Calatrava.¹

En vano buscaríamos más detalles en ésta u otra compilación dedicada a los «hijos ilustres de la ciudad» hasta finales del siglo XIX. Si exceptuamos una línea escueta y casi desapercibida, en una nota a pie de página, en la suma dedicada en 1886 a los establecimientos de Caridad de Sevilla por Francisco Collantes de Terán², sólo a principios del siglo XX se darán a conocer con gran copia de datos la procedencia corsa de esa familia y el origen indiano de su fortuna.

¿Señal inequívoca de pronto olvido de tales pormenores en una ciudad con gran capacidad de integración social? ¿U ocultación voluntaria por los biógrafos o por la misma familia, muy integrada en lo más granado de la sociedad sevillana, de una mancha extranjera y mercantil? Éste será uno de los interrogantes que acompañarán mi reflexión sobre la trayectoria de una familia de tanto significado histórico en Sevilla. En un primer momento trataré de recomponer el espejo roto de la memoria y de extraer del complejo apellido que llevaba Don Miguel informaciones las más veces poco conocidas sobre los orígenes de su familia. Reconstituiré luego sucesivamente los respectivos itinerarios de la distintas generaciones que nos interesan: los antepasados de Don Miguel en el siglo XVI, desde su Córcega natal hasta la aventura americana ; Tomás y Miguel Mañara, padre e hijo en el siglo XVII, de la opulencia del indiano a la nobleza, y de la nobleza a la santidad ; y para terminar, los descendientes de los Mañara en los siglos XVIII y XIX.

I. EL NOMBRE COMO DISCURSO SOBRE LOS ORÍGENES

En una época en la que no se habían establecido todavía normas fijas para apellidarse, resulta interesante interrogar la forma en que los españoles solían o escogían llamarse. Entre los apellidos heredados de su padre, Mañara, Leca y Colona, y los de su madre, que eran Anfriano y Vicentelo, Don Miguel eligió esa forma Mañara Vicentelo de Leca, con la cual se le identifica y que la Hermandad de la Santa Caridad mandó grabar sobre su sepulcro en la iglesia de San Jorge. Veamos qué representan esos distintos apellidos.

La primera observación que podemos sacar es que nunca usó Don Miguel la preposición «de» ante el apellido Mañara. En el apellido completo, el «de» precede a Leca, y no a Mañara, y eso se entiende por ser Leca un antiguo nombre de feudo. Por ende no se justifica el empleo corriente incluso hoy día de la forma «Don Miguel *de* Mañara». Esta última aparece por primera vez en un impreso a mediados del siglo XVIII³, y barrunto que por esas fechas se había convertido en la forma más difundida del apellido de Mañara, como si les pareciera a los sevillanos que a esa figura arquetipal de la nobleza hispalense le faltara ese «de» con el cual se suele reconocer la estirpe nobiliaria. Otra observación sería que, en cambio,

Mañara no se desposeyó jamás del «don» tan codiciado en aquel tiempo, tratamiento de respeto que las más de las veces no se le concedía a su padre, pero sí a su madre y a sus hermanos, señal inconfundible del ascenso social de esta familia extranjera.

La tercera observación que nos inspira el nombre de nuestro personaje es relativa al apellido principal: Mañara. No es de origen español. Es la forma hispanizada de un Magnara de probable origen genovés, venido de la isla de Córcega - que en aquella época era posesión de la república de Génova - y más concretamente de Calvi, la pequeña ciudad natal de Tommaso Magnara, al noroeste de la isla. Pero mediante una leve modificación ortográfica - de GN a Ñ - que confería a ese apellido en cierto modo una cédula de hispanidad muy verosímil, la familia Magnara pudo fundirse en el paisaje onomástico sevillano con quizás más facilidad que otras familias de origen extranjero, cuyos patronímicos mucho menos podían pasar por autóctonos. Si a eso añadimos el hecho de que su madre y su abuela materna eran ambas también oriundas de Córcega, aunque naturales de Sevilla, con prestigiosos deudos en esta ciudad, entendemos mejor por qué desapareció tan rápidamente el recuerdo de los orígenes corsos de esa familia. No es de extrañar que algunos literatos interesados en la figura de Don Miguel - entre los cuales el primero de ellos cronológicamente, Prosper Mérimée⁴ - no reparasen en esas menudencias e imaginaran la existencia de una tierra señorial de Mañara, incluso de un castillo de Mañara, a pocas leguas de Sevilla, y que en vano buscaríamos en un mapa de Andalucía... Con lo que la literatura no hacía más que reflejar la común opinión. Cuando los literatos se apoderaron del personaje en el siglo XIX, ya hacía largo tiempo que para toda la ciudad este corso injertado en sevillano se había convertido en el prototipo del caballero sevillano del siglo XVII.

¿Por qué conservó Don Miguel, en lugar de Anfriano, primer apellido de su madre, el apellido Vicentelo de su oscura tatarabuela corsa Cinarquesa, de la cual lo separaban tres generaciones femeninas? Indudablemente porque aquélla era la hermana del más acaudalado corso que conoció Sevilla, ese famoso Juan Antonio Vicentelo a quien todos llamaban «el Corzo», arquetipo del mercader con Indias, y cuya magnífica semblanza nos ha restituido hace diez años Enriqueta Vila Vilar⁵. A más del recuerdo que había

dejado el propio magnate, hasta hacerse proverbial la expresión «ser más rico que el Corzo de Sevilla»⁶, eran bien conocidos dos linajes que de él procedían: el de los condes de Cantillana, y el de los condes de Gelves y duques de Veragua - entroncando más adelante este último con la casa de Alba. A pesar del carácter ya remoto de ese parentesco, los padres de Don Miguel Mañara mantuvieron siempre con esos ilustres deudos una estrecha relación, prodigiosa palanca sin duda, como lo había sido medio siglo antes la protección del Corzo con respecto a muchos paisanos y parientes suyos.

Por el elemento Leca, que también usaban los Vicentelo como luego veremos, el apellido de Don Miguel manifestaba otro parentesco no menos remoto, pero también de indudable interés en Sevilla, con la familia Vázquez de Leca. El primero de ellos, Don Mateo Vázquez de Leca, fallecido en 1591, «*por cuyas manos pasaban los negocios mayores y de más importancia en el mundo*», a decir de un cronista corso contemporáneo⁷, había sido el todopoderoso secretario privado del rey Felipe II. Por su hermana Doña María de Leca, tenía varios sobrinos en Sevilla, entre los cuales el mayor se llamó como él Don Mateo Vázquez de Leca y heredó del tío, al uso del tiempo, por así decirlo, la canongía en el cabildo catedral y la dignidad mitrada, el arcedianato de Carmona. Ese sobrino, uno de los más celosos apóstoles de la entonces llamada «opinión pía» sobre la Inmaculada Concepción, nos interesa además aquí por dos razones: en primer lugar, por la estrecha amistad que mantuvo con la familia Mañara, como lo demuestra su repetida presencia como testigo, padrino o albacea de los Mañara. Por otra parte, tiene una vinculación específica con Don Miguel por haber protagonizado una conversión espectacular en la catedral hispalense el día del Corpus de 1602, cuyo recuerdo se aureoló pronto de leyendas fantásticas, las cuales aparecerían vinculadas en el siglo XVIII con el propio Mañara. Quizás no sea descabellado el pensar que la asociación de una misma leyenda con ambos personajes quizás fuera facilitada por su parcial homonimia, la que proporcionaba el apellido Leca.

¿Qué representaba aquel apellido de Leca tanpreciado por estas tres familias sevillanas, los Vázquez, los Vicentelo y los Mañara? Para entenderlo, es necesario apelar a los cronistas medievales de Córcega. La Isla, que había sido siempre muy codiciada por su situación estratégica en el Mediterráneo, fue durante toda la Edad

Media escenario de enfrentamientos continuos, de guerras de conquista donde intervenían potencias extranjeras, y también de luchas intestinas protagonizadas por los señores feudales de la Isla. Esos señores pertenecían casi todos a una misma dinastía, cuya existencia se documenta al menos desde el siglo XII y eran conocidos bajo el nombre de *cinarchesi*. Se habían ido dividiendo a partir del siglo XIII en cinco ramas principales, que fueron tomando el nombre de sus respectivos señoríos: las casas de Leca, de La Rocca, de Istria, de Ornano y de Bozzi. Durante dos siglos y medio, las crónicas corsas refieren la cruenta epopeya de esos señores *cinarchesi*, tan empeñados en aliarse contra las potencias extranjeras y casarse entre gente de la misma estirpe, como en destrozarse encarnizadamente para acaparar el poder. A pesar de su condición de rama mayor, la casa de los señores de Leca no fue prepotente, por lo menos hasta la segunda mitad del siglo XV, cuando recuperó gran parte de su protagonismo y tuvo en jaque a las autoridades genovesas, que resolvieron exterminarla en dos hecatombes sucesivas en las que perecieron más de medio centenar de ellos. Entre los Leca que tuvieron un papel relevante durante ese período, cabe destacar particularmente a tres hermanos, Rinuccio, Mannone y Giocante, hijos de Niccolò da Leca, que se consideran hoy antepasados directos y por línea agnaticia de nuestros Leca de Sevilla: los Vázquez, descendientes del conde Rinuccio, los Vicentelo, del conde Mannone, y los Mañara, del conde Giocante. El personaje de más prestigio fue el nieto de Rinuccio, Giovan'Paolo da Leca, último conde de Córcega, que casó dos de sus hijos con los hijos del dux de Génova y que a pesar de ello tuvo que exiliarse después de un postrer intento de adueñarse de la Isla, muriendo en Roma en 1515.

Terminemos ese recorrido por los vericuetos del apellido de Don Miguel señalando un apellido que la escritura de fundación de mayorazgo le imponía llevar y sin embargo no ostentó casi nunca. Me refiero al apellido Colona, forma hispanizada del Colonna romano. Era tradición desde la Edad Media, tal como consta en las crónicas más antiguas, considerar a todos los *cinarchesi* como descendientes de un príncipe Ugo Colonna, venido a Córcega a petición del papa para expulsar a los sarracenos de la Isla y recibiera por ello el título de conde de Córcega en tiempos de Carlomagno. A pesar del carácter más épico que histórico del episodio, y de sus induda-

bles anacronismos que no puedo pormenorizar aquí, consta que los Colonna de Roma nunca desmintieron tal tradición, sino que la reconocieron en repetidas ocasiones. Asimismo los *cinarchesi*, por lo menos desde el siglo XV, se consideraron siempre como deudos de los patricios romanos, llegando hasta introducir a partir del siglo XVI el apellido Colonna entre sus apellidos y la columna romana dentro de sus escudos de armas, tal como lo hicieron los Vázquez de Leca y los Mañara.

II. LOS ANTEPASADOS DE MAÑARA, DESDE LA PÉRDIDA DEL SEÑORÍO HASTA LA AVENTURA AMERICANA

Después de interpretar ese jeroglífico de los apellidos de Don Miguel, podemos emprender el recorrido propuesto de tres o cuatro siglos en compañía de su familia, e intentar bosquejar la trayectoria singular de un linaje con escasa visibilidad histórica, al faltarnos la documentación o por resultar dificultosa la interpretación de la misma, dada la mutabilidad extrema de una familia que experimentó tan gran diversidad de condiciones geográficas, sociales y económicas.

Volvamos a Córcega. El principio del siglo XVI coincide allí con el desastre de la pérdida definitiva de su señorío por los *cinarchesi* más comprometidos en las guerras que assolaban la isla ; entre ellos figuraban los Leca, y más concretamente varios antepasados de los Leca sevillanos. Su patrimonio se encontró obviamente menguado de forma considerable. Córcega no había sido nunca una tierra opulenta, pero los especialistas de la Isla en la Edad Media ponen en tela de juicio la imagen corriente de austeridad y rusticidad que se tiene de la vida de los aristócratas corsos antes de su exterminación ; incluso durante el siglo XV vivieron con ínfulas de príncipes italianos del Renacimiento. Pero «*los Leca de un siglo después no eran sino sombra inane de los de antes*», como dijo con razón un biógrafo de Don Miguel⁸. Fueron reducidos a una vida de meros notables y, si bien no olvidaban su noble alcurnia, se fueron fundiendo poquito a poco en el resto de la sociedad, hasta ocultar quizás su noble apellido, tan aborrecido por Génova. El nieto del conde Giocante da Leca, Francesco de Leca, casó a su hijo Guiduccio con una calvesa, Anna Magnara, cuyo padre impuso en 1510 en su testamento, del cual se conserva

una copia auténtica⁹, que su heredero Tiberio de Leca tendría que anteponer el apellido de Mañara al de Leca ; y así fue como entró ese apellido en la familia de Tomás Mañara. Un fenómeno parecido se repitió en la descendencia de Anfriano de Leca, tatarabuelo de la madre de Don Miguel y cuyo nombre se convirtió en patronímico, según un uso corriente en aquella época de fijación incierta de los apellidos ; dicho fenómeno se acentuaría todavía más en España y América dentro de la colonia corsa, donde la costumbre isleña de presentarse como hijo de tal, por ejemplo Giovan'Antonio hijo de Vincentello, facilitó la adopción del nombre de pila del padre como apellido - Juan Antonio Vicentelo -, y la ocultación del nombre del linaje, en nuestro caso: Leca.

A pesar del prestigio social que se esforzaron en mantener, como se desprende sin embargo de los documentos que tenemos sobre las referidas generaciones del siglo XVI, no cabe duda de que la situación económica de todos ellos era más bien mediocre si la comparamos con la clase media o alta sevillana. Y ello a pesar de que todos los antepasados de Mañara que podemos identificar en este período, los Magnara, los Petrucci, los Guidi, los Frate, eran mercaderes, hombres de negocios, notarios, notables todos ellos de los más acomodados en Calvi. De donde, además de la opacidad ya mencionada ocasionada por los cambios de apellidos, la sospecha sistemática que encontrarían en España las pretensiones nobiliarias de Juan Antonio Corzo, Mateo Vázquez de Leca y más tarde Tomás Mañara. En materia de nobleza, existía una incomprensión evidente entre el Consejo de Ordenes o la aristocracia sevillana por una parte, y por otra esos corsos enriquecidos, que habían llegado a España y de allá a las Indias no muy boyantes, lo que no negaban en absoluto, pero que no admitían reparos a su condición de nobles porque siempre habían sido considerados como lo más granado de su pueblo. Ese desfase era el mismo que existía entre una metrópoli de más de 100.000 habitantes como Sevilla y un puerto de importancia secundaria como Calvi, cuya ciudadela, principal núcleo urbano, no pasaba de 4 hectáreas y cuya población rayaría difícilmente en los 1.500 habitantes...

Otra característica que conviene destacar es la entrega masiva y exponencial de muchos parientes de los Magnara y Anfriani a la aventura americana, fenómeno inducido probablemente por la

continua decadencia económica que parece haber afectado a los antepasados de Don Miguel, y también por la inevitable atracción ejercida por el enriquecimiento de los calveses ya involucrados en la carrera de Indias. El padre de Tomás Mañara, Giacometto (o Jácome), debía ser un niño pequeño cuando murió su padre Tiberio Magnara de Leca en 1532. Eso explica quizás que lo encontremos años después como *patron de barca*, lo que no significa que era un modesto pescador, sino que era capitán de un pequeño navío y que solía ir y venir desde Calvi hasta Génova o Savona. En 1584, después de más de veinte años, dejó esa actividad, marchó a Sevilla, y dos años después nos lo encontramos ya en Lima. No pienso hablar largo y tendido de esos aspectos de la presencia de los corsos en el comercio atlántico, que ya han sido estudiados y me remito a esos trabajos. Pero sí merece la pena señalar la honda tradición indiana dentro de la familia calvesa de Don Miguel. Además de su padre Giacometto, Tomás Mañara tuvo en las Indias a un tío, hermano de su padre, a su hermano mayor, y sobre todo a un tío, hermano de su madre, el capitán Francisco Mañara, que hizo allí cuantiosa fortuna. También tuvo a un hermano más joven, Giovanni, que probablemente se habría ido con él al Perú, antes de regresar, como muchos calveses, a su tierra natal, donde lo encontramos todavía en el cuarto decenio del siglo XVII, notable acomodado y con descendencia. Cuando se fueron su padre y su hermano mayor Domenico, Tommaso era un niño de más o menos diez años y se quedó con su madre Rochetta. Como todos los hijos destinados a embarcarse para las Indias, aprendió a leer y escribir - se han conservado las escrituras de pago destinadas a su maestro¹⁰ ... No se marchó antes de los últimos años del siglo, si nos atenemos a una escritura notarial donde actúa como testigo, en 1596, en Calvi. En 1600, ya lo encontramos en Lima. Cuando se asentó definitivamente en Sevilla, un decenio después, y rayando ya en los cuarenta, se conocía que no había estado ocioso durante su estancia americana, y estaba en condiciones de tomar, para sí mismo y sus descendientes, un rumbo muy distinto al que había hasta entonces llevado su familia. Para ello casó con una muchacha de 20 años, natural de Sevilla pero oriunda de Calvi, Jerónima Anfriano Vicentelo, cuya familia casi entera había estado o estaba todavía volcada en el comercio con Indias: su padre Julio Anfriano, desaparecido allí en fecha tempra-

na, su abuelo materno Juan Batallón de Ornano, muchos primos suyos Petrucci, Guidi, y por supuesto Vicentelo, llamados todos como gran parte de los calveses, por la fantástica aspiración provocada por el descubrimiento de América.

III. LOS MAÑARA EN EL SIGLO XVII: DE LA RIQUEZA A LA NOBLEZA, DE LA NOBLEZA A LA SANTIDAD

Con el enlace de Tomás Mañara y Doña Jerónima Anfriano se abre ya otro capítulo de la historia de esta familia, que abarca casi todo el siglo XVII. Hemos visto como en el siglo XVI, a favor del auge del comercio americano, se ha producido un cambio radical en la situación de estos corsos aventureros y arriesgados. Se trataba ahora para Tomás Mañara de consolidar su fortuna de indiano. Tratándose de un tema estudiado ya de manera magistral por Enriqueta Vila Vilar, me contentaré aquí con recordar las etapas principales de ese irresistible ascenso. Un primer paso fue indudablemente el referido casamiento, que ofrecía al mercader extranjero, entre otros beneficios, una halagüeña parentela, dentro de la cual destacaban los Vicentelo de Leca ya mencionados, Don Antonio Anfriano Vicentelo, hermano de Doña Jerónima, que sería más adelante maestro de plata, y los Rodríguez de Medina Vicentelo, numerosos e influyentes hermanastros suyos, habidos en un segundo matrimonio de su madre.

Imponiéndose como miembro activo, competente y muy influyente en la Casa de Contratación y en el Consulado de mercaderes, aunque por sus orígenes extranjeros se le negara repetidas veces que pudiera ostentar cargo directivo alguno en dicha institución, Don Tomás supo acrecentar una fortuna que ya era considerable cuando se asentó definitivamente en Sevilla, fortuna que invirtió casi por entero en juros, cuyos intereses le proporcionaban copiosísimas rentas. Era a todas luces uno de los cargadores que recibían más cargazones y plata en Sevilla, y sus contemporáneos lo consideraban como uno de los hombres más ricos y potentes de su tiempo. Ya por su temperamento inclinado a la generosidad, como apunta la hagiografía tradicional dedicada a su hijo, o por querer granjearse así la estima general, supo también manifestar siempre una oportuna atención a las múltiples necesidades de la época. Fue famosa su

liberalidad cuando la gran riada de 1626, así como dejaron excelente recuerdo en la Corte sus dotes en la delicada gestión de los asuntos del Consulado y las repetidas y copiosas contribuciones que hizo a petición de la monarquía en tiempos de guerra y de calamidades, cuando otros muchos tardaban en contestar a las reiteradas peticiones de un régimen exánime.

Ya en la cúspide de su potencia y de su riqueza, emprendió como muchos mercaderes extranjeros el arduo camino que llevaba de la opulencia a la nobleza, hasta convertirse, como lo ha mostrado su biografía, en el arquetipo del mercader ennoblecido. Para ello entró en una escalada de inversiones suntuarias y siguió las pautas de comportamiento de los aristócratas. Empezó mudándose de su casa de la parroquia de San Nicolás a un palacio renacentista de la Calle Levías, que le costó 13.000 ducados, más los 20.000 que dedicó a remozarlo magníficamente. Para sí mismo no solicitó honores particulares, excepto un cargo de familiar del Santo Oficio. Cabe mencionar también que solicitó y obtuvo el derecho de tener en su casa una capilla privada, otro signo inconfundible de nobleza en la Sevilla de entonces. Su mayor esfuerzo consistió en preparar para sus hijos un porvenir dorado, que poco tuviera que envidiar a la vida de los aristócratas más afortunados. De los diez hijos que había tenido Doña Jerónima, cuatro habían fallecido párvulos y una hija murió en la adolescencia. De las dos hijas que les quedaron, una profesó en el convento de Santa Clara, y la otra, Doña Isabel, generosamente dotada, fue la destinada a entroncar en 1633 con la nobleza local, en la persona de un rico mayorazgo de rancio abolengo, D. Juan Gutiérrez Tello de Guzmán y Medina. Para los varones, Tomás Mañara obtuvo - no sin dificultad - dos hábitos de caballería, el de Santiago para el primogénito Juan Antonio, el de Calatrava para el más pequeño, Miguel. El segundón, Francisco, fue destinado, como era clásico, al estado eclesiástico, y se le compró la coadjutoría en la canongía y arcedianato del viejo amigo de la familia, Mateo Vázquez de Leca. Ese dispositivo culminó con la fundación de un mayorazgo destinado a Juan Antonio y que incluía, además del patrimonio ya descrito, un oficio público de mucho prestigio, que Tomás Mañara le había comprado a un alto precio: el de provincial de la Santa Hermandad, con voz y voto en el Cabildo Municipal. Además de ostentar un cargo tan relevante, que la Real

persona había agraciado con nuevas prerrogativas honoríficas en explícito reconocimiento de los servicios prestados por Don Tomás a la Corona, el joven heredero recibió por esposa a una rica heredera, hija de otro acaudalado cargador, de origen flamenco, Miguel de Neve.

Ignoramos el destino que Don Tomás reservaba por aquellas fechas a su hijo Miguel, que desde los ocho años había ingresado en la orden militar de Calatrava. Lo cierto es que la fortuna dio al traste con ese magnífico dispositivo, de una manera tan repentina como sobrecogedora. En 1640, en el espacio de seis meses, fueron borrados del retablo de este mundo los dos hermanos de Don Miguel: Francisco, el futuro canónigo, que sólo contaba 19 años, y Juan Antonio, el recién casado mayorazgo, de 27 años. A los trece años, Miguel se convirtió inesperadamente en el único heredero de la fortuna de los Mañara. Para él constituirían sus padres en 1647 un segundo mayorazgo, todavía más copioso que el anterior, al que añadirían, como culminación de su obra patrimonial, el recién comprado patronato del colegio franciscano de San Buenaventura ; ahí se hicieron, a decir de Enriqueta Vila Vilar, «*de un enterramiento digno del más exigente noble*»¹¹, de conformidad con el axioma definido por Antonio Domínguez Ortiz, según el cual «*el nivel de muerte debía de ser análogo al nivel de vida de que había gozado el difunto*»¹². Al poco tiempo, en abril 1648, fallecía Don Tomás, sobreviviéndole su esposa Doña Jerónima cuatro años.

En un primer momento la vida de Don Miguel no se diferenciaba de la que le había trazado su padre. Cumplido caballero, que había recibido una educación esmerada, fue uno de los personajes más acaudalados de la ciudad, llevando la vida para la cual se le había preparado, de modo principesco, con pajes y criados, cotos de caza, caballos de paseo y joyas de gran valor y unas rentas que sobrepujaban los 25.000 ducados anuales. A los cuatro meses de morir Don Tomás, cuando tenía 21 años, Miguel casó con Doña Jerónima Carrillo de Mendoza y Castrillo Fajardo, joven mayorazga natural de Guadix y vecina de Granada. Ese enlace, probablemente preparado por sus padres cual era la costumbre por aquel entonces, le permitía vislumbrar la promesa de una lisonjera herencia, los señoríos de Montejaque y Benaolán cerca de Ronda, y quizás un día la ilusión de uno de esos títulos de Castilla, que tanto florecieron en

tiempos de los últimos Habsburgos. Sin embargo Don Miguel no fue nunca conde o marqués de Montejaque... Como todos sabemos, la Providencia lo llevó por otros derroteros, que no había podido sospechar su padre, por muy previsor que fuera.

Pero antes de acometer el gran episodio de su vida, detengamos un instante la mirada sobre ese Mañara joven, del cual se sabe tan poco, y reparemos en uno de los muchos estereotipos de los cuales tenemos que deshacernos. Ni siquiera pienso detenerme en las infundadas leyendas tenoríescas y otros cuentos de vida escandalosa, que no encuentran eco ninguno en el sinnúmero de documentos compulsados por los investigadores. Más bien, siguiendo las huellas de Celestino López Martínez en su tiempo y, últimamente, de Enriqueta Vila, quisiera evidenciar otro estereotipo, más sutil, en el que muchos incurrieron, hasta el autor hace cuarenta años de la mejor biografía de Mañara, el jesuita Jesús María Granero ; dicho estereotipo consiste en ver en Mañara el típico señorito andaluz, que amaba las rosas, los perros y los caballos. Independientemente de esas posibles aficiones, tenemos que considerar más bien a Mañara como digno heredero de su padre, riguroso, metódico y competente gestor de sus bienes, que se desenvuelve con soltura en el complicado mundo de los negocios, que acude con asiduidad al Cabildo Municipal, como Provincial de la Santa Hermandad, y al Consulado como prestamista interesado y competente en los negocios que ha heredado de su padre. Verdaderamente, de no ser así, ¿cómo podríamos entender, efectivamente, la estimación general de la que gozó en ambas instituciones, donde fue elegido para misiones importantes, y no sólo honoríficas? Sin esas competencias adquiridas en la juventud, ¿cómo se podría entender luego la edificación en quince años de un hospicio y hospital de la importancia de la Santa Caridad? ¿Cómo podríamos entender, en otro campo muy distinto, la total coherencia del programa iconográfico de la iglesia de San Jorge, ideada y plasmada enteramente por Mañara, tal como lo han evidenciado los historiadores del arte, entre los cuales cabe destacar la decisiva aportación del profesor Valdivieso? ¿Cómo entender el prodigioso sentido de la organización que dimana de la cruzada de Mañara contra la miseria de aquella patética Sevilla del reinado de Carlos II? ¿Cómo entender la afluencia de ricos mercaderes, nobles y títulos de Castilla a una institución que no tuvo antes

de la llegada de Mañara sino un papel anecdótico en la beneficencia sevillana? Nada de eso se podría entender sin evidentes dotes de suma competencia y tampoco sin un fuerte carisma por parte del hermano mayor de dicha institución.

Otro estereotipo, todavía más difundido es la tradicional dicotomía que separa en dos trozos irreconciliables la vida de Mañara y nos lo presenta como un hombre que se convierte repentinamente cuando muere impensadamente su esposa, que hace tabla rasa de su vida anterior y emprende de la noche a la mañana una existencia de arrepentimiento mórbido. Fue todo lo contrario. Indudablemente la agonía y muerte de su esposa, después de tantas muertes de seres queridos - «*aquella obsesionante multiplicación de ataúdes, que [Dios] puso en su camino*», dice Granero¹³ - fue un aldabonazo tremendo, que arremetió sobre un hombre de psicología probablemente frágil y compleja ; pero sin embargo la renuncia definitiva a su vida anterior, a la existencia que su padre tardó una vida en prepararle, no fue inmediata. Incluso en textos tan apologeticos, como la temprana biografía del jesuita Juan de Cárdenas (1679) o los primeros testimonios recogidos para su causa de beatificación (1680-1682), percibimos entre líneas los indicios de esa conversión progresiva, de sus vacilaciones y dudas en cuanto a su verdadera vocación, de su progresivo desprendimiento, con la renuncia a su modo de vivir aristocrático, la renuncia a sus oficios públicos, a sus negocios personales y finalmente a sus casas solariegas. Cabe señalar que a ese respecto se puede observar una convergencia de interpretaciones de parte de una historiadora como Enriqueta Vila y de parte de un hombre de Iglesia como el actual titular de la sede hispalense. Escribe Fray Carlos Amigo Vallejo:

*No hallamos datos significativos en la vida de Mañara que nos hagan pensar en una conversión inmediata y espectacular. Es verdad que la muerte de su joven esposa le llevó a un período de profunda reflexión. Pero el cambio en la forma de vida, fue un proceso lento, gradual, en el que, despojándose de sí mismo, se fue llenando de Dios y de los pobres.*¹⁴

Esa marcha lenta de Don Miguel hacia el renunciamento nos recuerda que carecemos desgraciadamente de un estudio detallado sobre el sentido para él de la pobreza. Es de lamentar que no se haya

analizado nunca ese componente fundamental de su personalidad, ni siquiera en su proceso de beatificación, donde se valora más bien el aspecto cuantitativo de su acción caritativa. Necesitamos por ejemplo definir lo específico del proyecto caritativo de Mañara en la beneficencia de su tiempo y subrayar el carácter probablemente anacrónico y profundamente humano a la vez de su concepción de la caridad, en una época en que por todas partes en Europa el pobre ya no se concibe sino en términos de peligrosidad social o utilidad económica. Necesitamos también valorar lo que yo llamaría su mística de la pobreza, su discurso auténticamente evangélico, y aun sobrehumano, que en su caso no fue un mero discurso, sino un modo de vivir asumido en los últimos años de su vida y que trasciende las contingencias ideológicas para constituir una vertiente fundamental de su espiritualidad.

Esa relación de Mañara con la pobreza voluntaria me aparece como una ruptura decisiva con el movimiento impulsado por sus mayores y personificado por su padre. Me pregunto hasta qué punto no es la negación del esfuerzo del padre, la negación de una fortuna edificada, como muchas fortunas sevillanas, sobre el comercio americano. Negación no es la palabra exacta, porque Don Miguel, por mucho que le pesara la riqueza al final de su vida, no pudo deshacerse nunca del pingüe mayorazgo que había heredado, y que había sido fundado justamente para sobrevivirle. Lo que sí hizo fue invertir sus rentas casi enteras en beneficio de «*sus señores y amos los pobres*», vender o donar a la Caridad la parte de la herencia que le pertenecía como propia. Me atrevería a preguntar hasta qué punto la Caridad no fue para él una catarsis, un rito de purificación de la fortuna, un modo de sublimación de la plata americana. Si admitimos esta hipótesis como uno de los muchos significados conscientes o inconscientes del compromiso de Mañara con los pobres, quizás podríamos ver también en ella una explicación del inaudito éxito de la Caridad entre la alta sociedad sevillana, cuyos miembros, además de acudir a ella en busca de su salvación, mediante la práctica de las obras de misericordia, hallaban en el servicio de los pobres y enfermos, o en las no pocas dotaciones que dejaban, una justificación a una vida en la que prevalecían fortuna y honores.

NOTAS

Deseo agradecer el tiempo y el saber que, en la elaboración y la publicación de esta conferencia, me ha regalado Don Alfredo Ortega, andaluz asentado en Córcega y celoso defensor de la memoria de Don Miguel Mañara.

Siendo imposible en tan poco espacio aducir para cada dato histórico las referencias correspondientes, prefiero reducir el número de notas y consignar a continuación los principales títulos de la bibliografía consultada para ese tema.

1. Fermín Arana de Varflora (seud. de Fray Fernando Valderrama), *Hijos de Sevilla Ilustres en Santidad, Letras, Armas, Artes o Dignidad*, Sevilla, Vázquez e Hidalgo, 1791, tomo IV, pág. 33.
2. Francisco Collantes de Terán, « La Santa Caridad », in : *Los establecimientos de Caridad de Sevilla que se consideran como particulares - Apuntes y Memorias para su historia*, Sevilla, El Orden, 1886, págs. 51-122.
3. Encontramos por primera vez la denominación Don Miguel de Mañara en la pequeña biografía basada en la de Juan de Cárdenas, escrita por un « humilde monje basiliano », el P. Blas Rufo (*Breve extracto, ó abreviado informe de la virtuosa vida, y preciosa muerte de el venerable, humilde y charitativo siervo de Dios Don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, cavallero del Orden de Calatrava, Hermano Mayor de la Santa Caridad de Sevilla, escrito por un humilde monge basiliano de la Provincia de Andalucía*, Sevilla, 1768, 56 págs.).
4. Prosper Mérimée, *Les Ames du Purgatoire*, 1era publicación en : *Revue des Deux Mondes*, París, 15 de agosto 1834, tomo III, 3era época, págs. 377-434.
5. Enriqueta Vila Vilar, *Los Corzo y los Mañara : tipos y arquetipos del mercader con Indias*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1991, 321 págs.
6. Antonio Domínguez Ortiz, *El Antiguo Régimen : Los Reyes Católicos y los Austrias (Historia de España dirigida por Miguel Artola, vol. III)*, nueva edición, Madrid, Alianza Editorial, 1988, pág. 181.
7. Anton Pietro Filippini, *Chronique de la Corse [1560-1594]*, ed. Antoine-Marie Graziani, Ajaccio, Editions Alain Piazzola, 1995, vol. I., pág. 118.
8. P. Jesús María Granero, S.I., *Don Miguel Mañara Leca y Colona y Vicentelo (Un caballero sevillano del siglo XVII) - Estudio biográfico*, Sevilla, Artes Gráficas Salesianas, 1963, pág. 50.
9. *Expediente de hábito de Don Miguel Mañara*, Madrid, Archivo Histórico Nacional, Calatrava, 1510, fol. 54.
10. Félix Battestini, *Calvi au XVIe siècle 1563-1608. Sa tradition dit qu'un siècle plus tôt Christophe Colomb y est né*, Asnières, Ed. N. Ambrosini, 1968, p. 249.
11. Enriqueta Vila Vilar, *op. cit.*, pág. 178.
12. Antonio Domínguez Ortiz, *op. cit.*, pág. 224.
13. P. Granero, *op. cit.*, pág. 266.
14. Fray Carlos Amigo Vallejo, « El venerable Mañara : elogio y verdad sobre el hombre », in : *Memorias académicas de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Sevilla*, 1985, pág. 37.
15. Antoine de Latour, *Don Miguel de Mañara. Sa vie, son Discours sur la Vérité, son testament, sa profession de foi*, París, Michel Lévy, 1857, pág. 64.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- BATTESTINI, Félix, *Calvi au XVI^e siècle 1563-1608. Sa tradition dit qu'un siècle plus tôt Christophe Colomb y est né*, Asnières, Ed. N. Ambrosini, 1968, 494 págs.
- CÁRDENAS, P. Juan de, S.I., *Breve relación de la muerte, vida y virtudes del Venerable Caballero Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, Caballero del Orden de Calatrava, Hermano Mayor de la Santa Caridad*, Sevilla, Tomás López de Haro, 1679, 192 págs.
- CARRINGTON, Dorothy, *La Corse*, trad. del inglés por Madeleyne Cheyrouze, nueva ed., París, Arthaud, 1999, 357 págs. [Título original : *Granite Island, a Portrait of Corsica*, Londres, Longman Group Limited, 1971]
- COLONNA DE CESARI ROCCA y VILLAT, Louis, *Histoire de Corse*, 3era ed. París, Boivin, 1916, XXVIII-280 págs.
- COLONNA DE CESARI ROCCA, Raoul, « Don Juan (Miguel Mañara) : sa famille, sa légende, sa vie d'après des témoignages contemporains », in : *Mercur de France*, tomo CXIX, París, 1917, págs. 193-220.
- DELLA GROSSA, Giovanni y MONTEGGIANI, Pier'Antonio, *Croniche*, ed. Abbé Letteron, Bastia, Société des Sciences Historiques et Naturelles de la Corse, 1910, XXIII-548 págs.
- FILIPPINI, Anton Pietro, *Chronique de la Corse [1560-1594]*, ed. Antoine-Marie Graziani, Ajaccio, Editions Alain Piazzola, 1995, 636 págs. en 2 vols.
- GÓMEZ ÍMAZ, Manuel, D. Miguel Mañara - Algunos datos referentes al insigne fundador de la Santa Caridad de Sevilla, Sevilla, Enrique Rasco, 1902, 62 págs.
- GRANERO, P. Jesús María, S.I., *Don Miguel Mañara Leca y Colona y Vicente-lo (Un caballero sevillano del siglo XVII) - Estudio biográfico*, Sevilla, Artes Gráficas Salesianas, 1963, 618 págs.
- GRAZIANI, Antoine-Marie, *La Corse génoise. Economie, Société, Culture, Période moderne, 1453-1768*, Ajaccio, Editions Alain Piazzola, 1997, 234 págs.
- HAZAÑAS Y LA RÚA, Joaquín, *Vázquez de Leca (1573-1649)*, Sevilla, Sobrinos de Izquierdo, 1918, 532 págs.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Celestino, « La Hermandad de la Santa Caridad y el venerable Mañara », in : *Archivo Hispalense*, 2da época, Sevilla, 1943, núm. 1, págs. 25-48, y núm. 2, págs. 5-26.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, Celestino, *La Santa Hermandad de los Reyes Católicos*, Sevilla, Imp. L. Vilches, 1921, 157 págs.
- LOVETT, A.W., *Philip II and Mateo Vázquez de Leca : The Government of Spain (1572-1592)*, Ginebra, Librairie Droz (Colección « Travaux d'Humanisme et de Renaissance », núm. CLV), 1977, 214 págs.
- MONTEGGIANI, Pier'Antonio, *Chroniques*, in : *Histoire de la Corse* [Giustini - G. Della Grossa - Monteggiani - Ceccaldi - Filippini], ed. Abbé Letteron

- [1888] ; nueva ed. : Biguglia, Imprimerie Pierre-Dominique Sanmarcelli, 2000, 714 págs.
- O.G.L. [baron Octave-Georges Lecca], « Une maison latine. Sur l'origine des Lecca, de la Maison de Cinarca », *Rivista Araldica*, núm. 10, 20 de octubre 1920, págs. 379-385.
 - *Papeles sueltos sobre la familia Mañara*, Sevilla, Archivo de la Santa Caridad.
 - *Restauración. Casa-palacio de Miguel Mañara*, Diego Oliva Alonso coord., Sevilla, Junta de Andalucía, Consejería de Cultura y Medio ambiente, 1993, 499 págs.
 - SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM. OFFICIUM HISTORICUM (redactor principal : P. Francisco Martín Hernández), *Beatificationis et canonizationis Venerabilis Servi Dei Michaelis Mañara, equitis de Calatrava et fundatoris nosocomii vulgo « de la Santa Caridad » († 1679). Positio super virtutibus ex officio concinnata*, Roma, Polyg. Vatic., 1978, 440 págs. en la versión española.
 - SACRA RITUUM CONGREGATIO, *Transsumpto público y auténtico del proceso e informaciones hechas por autoridad ordinaria, en justificación de la vida y heroicidad de virtudes del venerable siervo de Dios Don Miguel Mañara Vicentelo de Leca, caballero del Orden de Calatrava, Hermano Mayor que fue de la Santa Caridad de ella, fundador y director de sus hospicios...* [copia auténtica de los interrogatorios de los dos procesos informativos diocesanos de Sevilla, 1680-1682 y 1749-1754], Roma, Archivio Segreto Vaticano, Arch. SS. Rituum Congr., Processus 1043.
 - SACRA RITUUM CONGREGATIO, *Beatificationis et canonizationis Ven. Servi Dei Michaelis de Magnara Vicentelo de Leca, equitis professi ordini militaris de Calatrava. Positio super dubio an sit signanda commissio introductionis causae in casu et ad effectum, de quo agitur* [Roma, Typ. Rev. Camerae Apostolicae, 1770, 2 vols.] París, Bibliothèque Nationale de France, H 1258 y H 1259.
 - SALAZAR MIR, Adolfo de, «Apellidos de la isla de Córcega asentados en Sevilla. I Magnara o Mañara», in: *Nobiltà (Rivista di Araldica, Genealogia, Ordini Cavallereschi)*, núm. 27, noviembre - diciembre 1998, Milán, págs. 507-526.
 - VALDIVIESO, Enrique y SERRERA, Juan Miguel, *El hospital de la Caridad de Sevilla*, Sevilla, 1980, 124 págs.-LXXII láminas.
 - VERGÉ-FRANCESCHI, Michel, *Histoire de Corse. Le Pays de la Grandeur, tome I (Des Origines au XVIIe siècle)*, prólogo de Emmanuel Le Roy Ladurie, París, Éditions du Félin, 1996, 261 págs.
 - VILA VILAR, Enriqueta, *Los Corzo y los Mañara : tipos y arquetipos del mercader con Indias*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1991, 321 págs.
 - VILA VILAR, Enriqueta, «Algo más sobre D. Miguel Mañara: el viaje a Madrid de 1664», in : *Minervae Baeticae - Boletín de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, 2da época, vol. XXVI, Sevilla, 1998, págs. 257-281.